

ALFREDO ESCARDINO

Onofre Superstar



¿HASTA DÓNDE LLEGARÍAS
PARA SER RICO Y FAMOSO?

EL «TODO VALE» LLEGA AL MUNDO DE LAS LETRAS



Onofre Superstar

COLECCIÓN
LITERADURA

Alfredo Escardino

Onofre Superstar



Primera edición: marzo de 2022

© Alfredo Escardino, 2022

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2022
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-124545-7-4
Dep. Legal: M-5469-2022

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Onofre Superstar*, © Victoria Cabedo, 2022

Impresión y producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Onofre Superstar

Preámbulo

MI NOMBRE ES ONOFRE COX, son las once y media de la noche y estoy a punto de lanzarme al vacío desde la azotea de Galerías Valparaíso, en la madrileña Puerta del Sol. No soy un tipo cualquiera. Soy Onofre Superstar, el escritor de moda, la envidia de mis colegas, el autor de *Erasmus a los 40*, una de las novelas del año, con millón y medio de ejemplares vendidos, incontables clubs de fans y legiones de seguidores en las redes sociales. Y ni el lugar ni el momento elegidos para un final tan sublime son fruto de la casualidad. El centro comercial de Galerías Valparaíso en la Puerta del Sol es el edificio estrella de esta cadena de grandes almacenes, con un departamento de librería que es líder nacional en ventas. Además, hoy es 5 de enero, víspera de Reyes, día del año en el que se compran más libros. Y en escasos treinta minutos se falla la primera edición del Ribadesella, certamen que premia —con una suma generosísima— al autor de la novela en lengua castellana más vendida por las librerías españolas este 2015.

Te preguntará qué tiene todo esto que ver con el hecho de que esté yo ahora encaramado sobre el pretil de la azotea, frente al vacío, en esta gélida noche invernal, con el móvil conectado a Facebook e Instagram en una mano y, en la otra, un sofisticado artilugio que controla las ventas de mi novela en tiempo real, mientras, a mis pies —seis plantas más abajo, en la castiza plaza— centenares de transeúntes apuran sus compras de Reyes, bombardeados por melodías navideñas que invitan al consumo y por copos de nieve multicolores que, con luces intermitentes, anuncian felicidad a raudales desde las paredes engalanadas del emblemático edificio.

Estás de suerte. He llegado con tiempo al enclave elegido para mi mediática gesta, así que voy a satisfacer tu curiosidad. Y tranquilo, nadie va a poder interrumpirnos. He anunciado en las redes sociales que saltaré al vacío a las doce de la noche, pero no he dicho desde dónde. Además, el localizador del móvil lo tengo desactivado. También he conseguido dar esquinazo a los guardias de seguridad de Galerías Valparaíso —abiertas hoy excepcionalmente hasta medianoche—, donde he pasado esta jornada interminable firmando ejemplares de mi libro. Por tanto, antes de emular por última vez a mi venerado Ernest Hemingway, vas a saber cómo he llegado hasta aquí y por qué voy a despeñarme desde la azotea de este icónico centro comercial. Y lo que de entrada voy a decirte va a sorprenderte. No soy el verdadero autor de *Erasmus a los 40*, la novela con la que tantos éxitos de crítica y ventas estoy cosechando. Ni mi nombre real es Onofre Cox. Solo soy un don nadie, un vendedor de humo cuyo papel en esta farsa le venía demasiado grande y se le ha ido yendo de las manos. Así que ponte cómodo y disponte a escuchar mi historia. Prometo no dejarte indiferente.

VEINTE MESES ANTES y a trescientos cincuenta kilómetros de distancia, en la soleada Valencia, un individuo de mediana edad, con aire jovial y despreocupado, entra en uno de los incontables pubs irlandeses que han ido proliferando en los últimos tiempos. Nadie parece reparar en él, quizá porque ni en su fisonomía, ni en su atuendo o en su porte haya nada en qué reparar. Sin embargo, si lo mirásemos con atención, nos chocaría cierto parecido con nuestro falso escritor de Galerías Valparaíso, como si se tratase de un boceto, una burda copia o el trabajo precipitado de un retratista inexperto. En efecto, aunque el pelo del recién llegado es también oscuro, parece cortado y peinado al azar. Nada que ver con el minucioso corte y el trabajado flequillo de nuestro farsante de la azotea. El rostro sí es similar, al menos en lo que respecta a la nariz poderosa y ligeramente torcida. Pero su mandíbula es distinta, como más blandengue, como carente de definición. Y, aunque

es también de complexión delgada, no está ni mucho menos tan demacrado. A decir verdad, sería prácticamente imposible que se tratase del mismo sujeto, pues viste una aleatoria combinación de prendas y colores, ajena a los dictados de la moda, en las antípodas de la estudiadísima y monocromática indumentaria de nuestro falso novelista de Galerías Valparaíso.

El recién llegado deja a su izquierda una barra de madera oscura y desgastada, tras la que se alinean tiradores de Guinness, Murphy's o Kilkenny, y se dirige al fondo del local esquivando gigantones de piel sonrosada que, de pie o sentados en taburetes altos, rugen, cerveza en mano, frente a dos gigantescos televisores, en los que puede verse —que no escucharse, dado el bullicio reinante— un partido de fútbol de lo que parece una competición extranjera. Tras avanzar una docena de metros entre el espeso griterío, llega a unos escaloncitos que, a mano izquierda, descienden hacia un espacio decorado con idénticos motivos celtas, pero menos ruidoso, cuya clientela bebe cerveza mientras sigue el fútbol en una pantalla más pequeña, juega al billar, afina su puntería con los dardos o charla alrededor de toneles de madera reconvertidos en mesas altas. Una vez allí, mira hacia ambos lados, como buscando a alguien, con esos párpados forzosamente entornados que reconocería cualquier miope. En ese instante, un bulto borroso se dirige a él con voz aguda y estridente.

—Julito, ganan, aquí, al fondo a tu derecha. ¡Que cada día estás más cegato!

El bulto borroso se llama Pepe Néstor Baute y es también moreno y cuarentón, pero lleva el pelo muy corto, con ese medio tupé que han puesto de moda algunos futbolistas. Su barba, tupida, luce

pulcramente recortada —con largo de tres o cuatro días— en un rostro redondeado, casi sin cuello y de tez cobriza. Viste camisa blanca, pantalón vaquero y americana de espiga en tonos marino —con coderas escarlata—, un par de tallas menor de la que le correspondería a su físico chaparro y regordete. La montura de sus gafas es de un alegre azul turquesa, pero la falta de graduación de las lentes delata que sus ojillos negros gozan de un excelente estado de salud.

Con toda seguridad, el recién llegado habrá podido ver también al otro bulto borroso sentado junto a Pepe Néstor, pues casi dobla a este último tanto en grosor como en estatura. Se llama Cosme Salcedo, ya no cumple los sesenta y tiene esa elegancia ajada de quien viste a diario el mismo par de trajes desde hace muchísimos años. Su rostro, de papada notable y frente más que despejada, luce un respetable bigotón canoso.

Es a este individuo a quien primero saluda el recién llegado.

—Don Cosme, ¡qué alegría verle por aquí! Pepe Néstor, nano, —dice a continuación—, bonitas gafas.

Julio García —así se llama el recién llegado— toma asiento junto a ellos y pide su primera pinta. Acto seguido, los tres sujetos inician la conversación que dará un vuelco a sus vidas... Aunque en esos momentos no puedan imaginárselo ni por asomo.

Porque, si todo hubiese transcurrido según los cánones al uso, la cita no habría pasado de ser un mero encuentro informal entre antiguos colegas de trabajo para celebrar que la Caja de Ahorros de Levante —una de las tantas entidades financieras intervenidas por el Gobierno en los últimos años— acababa de pagar a Julio García los cien mil euros que le debía tras haberlo despedido en el marco

del último ERE. Pepe Néstor Baute y Cosme Salcedo ya habían corrido la misma suerte —y recibido la correspondiente indemnización— en sendas reducciones previas de personal acontecidas en la que durante años había sido la entidad crediticia regional de referencia. Paradojas de la vida, un final idéntico para tres individuos cuyas trayectorias en la Caja de Ahorros de Levante habían sido totalmente diferentes.

Julio García había entrado de bien jovencito en la sucursal de Ademuz, un municipio valenciano de poco más de mil habitantes ubicado entre Cuenca y Teruel. Su padre —maestro en la escuela del pueblo— había convencido al director de la sucursal para que lo empleara de ordenanza, argumentando que su ineptitud para cursar estudios elementales no empañaba su espíritu despierto, talante disciplinado y trato afable. En la sucursal de Ademuz, Julio había ido desempeñando con acierto todo tipo de trabajos de poca monta. Hasta que un nuevo director, sin duda más al día de los nuevos tiempos que corrían en el sector de la banca, había reparado en su labia y en su desvergüenza y lo había destinado a labores comerciales. A los pocos años, su talento para vender lo invendible ya lo había catapultado a la oficina principal de la entidad en Valencia, donde había despuntado embaucando a inversores incautos con una variada gama de productos financieros de alto riesgo y dudosa legalidad.

La trayectoria profesional de Cosme Salcedo en la Caja de Ahorros de Levante había sido, en cambio, mucho más convencional. Tras finalizar con nota los estudios de Derecho en la Universidad Complutense de Madrid, este aragonés grandote y tranquilo había dejado a medio terminar una tesis doctoral sobre entidades de crédito al verse seducido por la labor asistencial y benefactora de los Montes de Piedad, estandarte de la obra social

de las Cajas de Ahorro. Corrían los años setenta del siglo xx, estaban todavía recientes las utopías de Mayo del 68, y hacer carrera profesional en entidades sin ánimo de lucro tenía tirón entre esos jóvenes idealistas. Algunos años después, tras haber formado una familia de las de toda la vida, con su señora esposa, sus cuatro hijas, sus dos hipotecas —vivienda habitual y apartamentito en la playa— y muchas letras pendientes por compra de coche, electrodomésticos y demás trastos imprescindibles, ese idealismo había ido tiñéndose de realidad. Hasta tal punto que, llegado el momento, no le había quedado otra que dejar su prestigioso puesto de jurista en el montepío de la entidad crediticia, para liderar un *think tank* en la sombra —flamante creación del nuevo equipo directivo—, cuya única función era disfrazar de legalidad lo que no eran más que engañifas. Un trabajo quizá no tan honorable, pero mucho mejor remunerado.

En cuanto a Pepe Néstor Baute, su ingreso en la Caja de Ahorros de Levante podría considerarse arquetípico de los recientes años del *todo vale*. Creativo de éxito en una conocidísima empresa de publicidad, este tinerfeño criado en Valencia había sido el fichaje estrella de la entidad de crédito —en plena fiesta de exceso y despilfarro— con la misión de reforzar la imagen filantrópica de esta ante la sociedad y ante los medios de comunicación. Una imagen muy deteriorada tras tantos y tantos tejemanejes destinados a enriquecer a los gestores y a complacer a los políticos de turno.

Los televisores del pub irlandés anuncian que comienza el segundo tiempo del partido. En la sala principal, junto a la larga barra de madera oscura y los tiradores de cerveza, los seguidores de los equipos en liza retoman sus exabruptos. En la sala contigua, al fondo,

la de los escaloncitos a mano izquierda, clientes menos exaltados siguen bebiendo cerveza mientras ven sosegadamente el partido, charlan, juegan al billar o a los dardos. Es en esta última sala donde los antiguos empleados de la Caja de Ahorros de Levante siguen su conversación alrededor de un tonel de madera reconvertido en mesa alta. Ahora el tema de debate son los cien mil euros recibidos por Julio García como indemnización. En particular, qué destino darles.

—*Carpe diem*, Julito, *carpe diem* —es Cosme Salcedo, la voz grave, solemne—. A mí que me cayera ese dineral en tu situación, sin hipotecas ni responsabilidades familiares...

Y, tras dar un buen sorbo de cerveza, se reacomoda pesadamente en el taburete alto, saca del bolsillo del pantalón un pañuelo de hilo con muchas lavadas y limpia con parsimonia los restos de espuma de su bigotón.

—Hombre, don Cosme, no exagere —ahora es Pepe Néstor Baute, con un tono aflautado y chillón a años luz del acento melodioso que se le supondría por sus orígenes canarios—. Yo, de Julito, me daría un homenaje..., o dos. Y renovarías vestuario, que falta le hace. —Y mira a aquel con un mohín de desdén, de arriba abajo—. Pero invertirías parte de la pasta. ¿No, Julito? Porque ¿dónde vas a encontrar curro con esa pinta y más de cuarenta tacos?

El asunto no es baladí. También Cosme Salcedo y Pepe Néstor Baute se habían enfrentado recientemente al dilema de qué hacer con la indemnización que les había correspondido por despido. Y en ninguno de los dos casos el tema estaba zanjado, al menos no del todo.

Los ciento cincuenta y pico mil euros recibidos por el jurista aragonés le habían posibilitado aligerar hipotecas, pagar letras pendientes y tener algún detallito con su señora esposa y sus queridí-

simas hijas. También abrir un bufete con el que ir tirando a fuerza de defender a damnificados por esos productos bancarios que él mismo había ayudado a diseñar. Pero todavía guardaba bajo el colchón conyugal un tercio de la suma recibida.

Al publicista tinerfeño le había correspondido una cantidad similar, pese a llevar mucho menos tiempo en la entidad crediticia, sin duda por el tipo de contrato que esta había tenido que firmar con él para poder hacerse con sus reputados servicios. Pepe Néstor, soltero convencido y viviendo con su madre sin fecha de caducidad, no había necesitado de ese dinero para amortizar hipotecas o saldar deudas. Así que lo había destinado a comprar vestuario, calzado y demás complementos en su selecto listado de tiendas *fashion*. También a remplazar el utilitario familiar —heredado de su padre— por un coche de alta gama y gran cilindrada, más acorde con su nervio y su estatus. Y poco más, pues eran gratuitos los cursos que iba encadenando en el INEM para especializarse en marketing digital y redes sociales. Además, afrontaba con holgura sus caprichos cotidianos al compaginar el cobro de la prestación por desempleo con algún trabajillo como publicista *freelance* cobrado en negro. Así que, como les sucedía a sus antiguos colegas de la Caja de Ahorros de Levante, no sabía en qué invertir esos cincuenta o sesenta mil euros que le habían sobrado de la indemnización por despido.

En el pub irlandés el partido de fútbol ha finalizado y los televisores emiten ahora un reportaje sobre la próxima Feria del Libro de Madrid. La clientela foránea ha ido abandonando el local de copas, sin duda rumbo a algún restaurante de comida rápida donde contrarrestar el impacto etílico de tanta cerveza. La mesa de billar se ha

ido liberando de puntiagudos tacos y coloridas bolas. Los dardos reposan clavados en su diana. Los taburetes de asiento granate van congregándose de nuevo alrededor de los toneles reconvertidos en mesas altas. Decenas de pintas vacías forman ahora sobre la barra de madera oscura y desgastada. Los clientes que quedan a estas horas son escasos; en su mayoría, nativos.

Todo está mucho más silencioso, por lo que la voz de Pepe Néstor Baute chirría más si cabe cuando, en un momento determinado, lanza una exclamación en dirección a la pantalla del televisor.

—¡A ese tipo lo conozco yo!

El tipo en cuestión rondará los cincuenta. Luce cabello canoso, liso, pulcramente peinado y con raya al lado. Lleva el rostro recién afeitado y huele a limpio incluso a través de la pantalla del televisor. Su sonrisa es de triunfador. Y ni siquiera la mirada melancólica de los ojos verde aceituna da la impresión de ser improvisada. Viste traje azul marino, clásico, probablemente hecho a medida. La camisa es blanca, de cuello inglés, y se adorna con una corbata de seda lisa, de ancho correcto y tono muy parecido al del traje. Se diría un *gentleman*, un diplomático de alto rango o un senador americano de los de antes. Sin embargo —a decir de la voz en *off* que acompaña al reportaje—, se trata de un escritor santanderino, un tal Bernardino Apascal, el nuevo fenómeno literario, la gran apuesta del editor Ildefonso Felgueres, empresario de referencia en el sector de la publicación de novelas en lengua castellana. Según afirma la voz, la primera novela del tal Apascal había tenido un éxito tremendo. Titulada *Una erasmus en Berlín*, narraba las andanzas en la capital germana de una estudiante erasmus que, a su pesar, se veía envuelta en una trama de intriga y suspense cuyos orígenes se remontaban a la Alemania nazi. Esa mezcla de *thriller* y costumbrismo de corte universitario había entusiasmado a los lectores y disparado las ventas. En cuestión de

meses, el tal Apascal se había convertido en autor de obligada lectura entre los seguidores de novelas *New Adult*, esas protagonizadas por personajes que han dejado atrás la juventud, pero que todavía no pueden considerarse adultos. Sus posteriores novelas —sigue diciendo la voz en *off*— repetían el mismo esquema y habían ido agotando edición tras edición. El caso es que el autor más vendido del momento estaba a punto de publicar su cuarta novela, *Un erasmus en Granada*, justo para la Feria del Libro de Madrid. Y todo apuntaba a que iba a ser otro bombazo.

—Los hay con suerte. —Julio se recoloca las gafas que ha tenido que ponerse para poder ver la tele—. Éxito, clase, dinero... —Y hace un gesto de sosegada resignación—. Justo lo que a nosotros nos falta, ¿a que sí, don Cosme?

—Te faltará a ti, Julito, que eres un patán —Pepe Néstor interrumpe antes de que el destinatario de la pregunta pueda contestar—. A mí el talento y la clase me sobran. —Tras ajustarse con donaire las solapas de su estrechísima americana, hace un mohín de autocomplacencia—. Además, me consta que ese fulano ha tenido más de una *ayudita* para llegar donde ha llegado.

Porque, según revela el publicista canario, Bernardino Apascal era de joven un tipo guapetón, cultivado y con buena percha, pero malvivía de escribir obritas de teatro que él mismo interpretaba en plazas de segunda fila. Y así había sido hasta que, durante un festival de verano en el vecino Santillana del Mar, una Felgueres se había encaprichado de él y no había cejado hasta convertirlo en su esposo. Y no se trataba de una Felgueres cualquiera. Era Patricia, la hija mayor del editor Ildefonso Felgueres, su virtual heredera al frente de la empresa y una lince para los negocios. De hecho, se contaba que había sido suya la idea de sacar a Bernardino de los escenarios para convertirlo en novelista de éxito. Sin duda ella conocía mejor que

nadie el potencial de su marido para poner rostro al megaproyecto «Operación Erasmus», ambiciosa apuesta de la editorial para contrarrestar el éxito que la competencia estaba teniendo con el género negro escandinavo, la novela erótica a rebufo de *Cincuenta sombras de Grey* o las sagas adolescentes de vampiros. El plan, cuidadosamente diseñado por los estrategas de la casa, se había concretado en una primera novela —*Una erasmus en Berlín*— que incluía todo lo que los gurús de tendencias lectoras habían dicho que debía contener. Además, la obra había recibido el apoyo de la siempre eficaz maquinaria de marketing del grupo, garantizando así un lanzamiento de impacto, su consiguiente repercusión mediática y una presencia duradera en los escaparates de las principales librerías. Y, para cerrar el círculo, la propia Patricia Felgueres había ordenado a sus abogados que registraran a nombre de su marido —como autor— medio centenar de títulos de novelas de erasmus en los que solo variaba el género del protagonista y la ciudad en donde estaba ambientada —*Una erasmus en Londres, Un erasmus en Roma...*—, dificultando de este modo que otros escritores se animasen a seguir la estela. Así, tras la gran acogida de la primera novela y con un monopolio *de facto* que impedía el acceso a potenciales competidores, la editorial se había lanzado a publicar un título tras otro. Para ello había bastado con reclutar a colaboradores que se ocupasen del trabajo preparatorio de cada nueva novela —entre ellos, siempre alguno que había estado de erasmus en la ciudad donde transcurría la trama— y dejar al talento de Apascal ese toque final que daba al texto un punto melodramático muy del gusto de sus lectores.

Falta poco más de media hora para que el pub irlandés cierre sus puertas. Los últimos clientes apuran cerveza y conversaciones antes

de retirarse a sus hogares o de continuar la juerga por ahí. Los antiguos empleados de la Caja de Ahorros de Levante han de insistir para que les sirvan la sexta y última ronda.

Y, mientras dan cuenta de esta, el televisor se convierte en aliado imprevisto frente a sus titubeos inversores.

En efecto, al final del reportaje sobre la Feria del Libro de Madrid, la voz en *off* anuncia que el Gobierno va a convocar para el año siguiente —dentro de un paquete de medidas para relanzar la economía y promover la Marca España— la primera edición de un certamen literario que premiará la labor de los escritores como creadores de riqueza y embajadores de la cultura patria. El Ribadesella —que así se llama el certamen, por el lugar de nacimiento de don Ildefonso Felgueres, presidente y fundador del gremio de editores españoles— concederá la nada desdeñable suma de dos millones de euros, libres de impuestos, al autor de la novela en lengua castellana más vendida por las librerías españolas en 2015. Ni la que obtenga mejores críticas, ni la más valorada por los lectores —recalca la voz—, el premio lo ganará el autor de la novela más vendida.

Cosme Salcedo y Julio García no muestran reacción alguna ante la noticia.

A Pepe Néstor Baute, en cambio, parece haberse activado un piloto interior, pues empieza a hablar sin parar. ¿Por qué no destinar el remanente de sus respectivas indemnizaciones a ganar el Ribadesella? Según han dicho en la televisión, el jugoso premio será para la novela más vendida, sin importar la calidad literaria ni mediar el fallo de un jurado. Un criterio puramente numérico, cuantitativo. Todo consistiría en inventarse una historia que fuese susceptible de interesar a un gran número de lectores, encargar su redacción a un experto en narrativa y, una vez escrita, editarla y

publicarla. Y apoyar las ventas con una campaña de marketing que realce la novela y la distinga de la competencia. Así de simple. Mal que le pese al presuntuoso mundillo del libro, se trataría de diseñar algo, producirlo en serie y comercializarlo con éxito. Y, para eso, las respectivas destrezas de ellos tres serían complementarias. Julito podría figurar como autor de la novela y engatusar con su labia a los lectores-consumidores. Don Cosme haría de agente literario, ocupándose de triquiñuelas jurídicas y contractuales, al tiempo que lidiaría con editores, libreros y demás fauna. Y él —Pepe Néstor— se encargaría del marketing, elaborando mensajes que cautiven a los medios e iniciativas que disparen las ventas. Con un único objetivo: ganar la primera edición del Ribadesella. Ciento cincuenta mil euros de inversión —cincuenta mil por barba—, para un retorno de dos millones a repartir entre los tres. Un negocio redondo.